

ma: "tenía las características de un personaje de ficción (...) y yo necesitaba escribir un reportaje real". El acierto de la novela está, precisamente, en que el delirante crescendo narrativo nos va acercando a la cada vez más delirante realidad.

El santo está claramente inspirado en don Quijote: una figura ridícula en el vestir y en el actuar, continuamente sujeto a mofas cuando no golpeado, pero que va creciendo en hondura humana. Se engaña, es engañado y rechaza caer en el desengaño. Cree que ha salvado a Julito, como don Quijote cree haber salvado a Andrés. Sus ideales son ridículos porque vive en un tiempo ridículo. Sus extraños discursos están inspirados en el panteísmo, la sincronización de Jung, los ritmos del cosmos, los arcanos mayores del tarot de Marrakech y el de Alistair Crowley. Ricardina y Alicia, sus discípulas más cercanas, acuden fielmente al templo, es decir, a la humilde casa que le paga su hermano porque así se lo prometió a su padre, un párroco de barrio que al irse a misa "mandaba saludos a su hermana y sus sobrinos, que en realidad eran su mujer y sus dos hijos" y al que si algo le caracterizaba era "su gusto desmedi-

El acierto es que el delirante crescendo narrativo nos va acercando a la cada vez más delirante realidad

do por las mujeres", virtud que ha heredado el hermano del santo, un corrupto funcionario que trabaja en el Ayuntamiento.

Y a través de este hermano entramos en contacto con Chidelberto, amigo de los pescadores Mayola y Jesús Andrés, y padrino del hijo de estos, el "regenerado" Julito. El templo es literalmente tomado por los mercaderes. El alcalde necesita dinero para pagar su candidatura a gobernador. La casa del santo se va convirtiendo en un centro de tráfico de órganos, en los que interviene el hermano que llegará a alcalde, el alcalde que llegará a gobernador, la mafia rusa y la mafia rumana. Aparecen en escena tres espléndidas rusas que contribuyen a poner a prueba al virtuoso santo, que, como el *Simón del desierto* de Luis Buñuel, trata de mantenerse ajeno a la tentación de la carne.

A medida que aumentan las descabelladas situaciones, aumentan las dudas del santo, y en estas crisis está el centro más auténtico del libro. Por otro lado, la presencia del periodista contribuye a poner de relieve el desarrollo narrativo, una investigación que coincide con la del propio escritor. Y un final feliz refuerza la naturaleza cervantina de la novela y su capacidad de trascender, sin negarlo, lo absurdo, lo banal y lo ridículo. |

John Mortimer
Un paraíso inalcanzable
Traducción de
Magdalena Palmer

LIBROS DEL ASTEROIDE
456 PÁGINAS
22,95 EUROS

Imagen del campo
de Herefordshire
(Inglaterra)
TIM GRAHAM / GETTY



Narrativa Una novela que sólo puede ser inglesa, escrita por un autor rigurosamente contemporáneo a la vez que fiel a la línea británica más clásica

La Inglaterra provinciana

ROBERT SALADRIGAS

Gran Bretaña recuerda a John Mortimer (Londres, 1921-The Chilterns, 2009) por varios motivos. En primer lugar como abogado, e hijo de abogado ilustre, defensor de la libertad de expresión en tiempos de penumbra democrática. Asimismo, como creador de una estu-penda serie de la BBC en los sesenta protagonizada por el abogado Horace Rumpole. En teatro por una obra que se hizo milenaria en el escenario, *Viaje alrededor de mi padre* (1963). Y por una novela, *Un paraíso inalcanzable* (*Paradise postponed*, 1985), que fue el origen de otros dos títulos en torno al correo-sano Leslie Titmuss, ejemplo de desclasado sin escrúpulos morales que aspira a trepar a lo más alto del poder social y político - *Titmuss regained* (1990) y *The sound of trumpets* (1998)-, también convertidos en serial televisivo. Mortimer fue enemigo confeso de Margaret Thatcher y, si bien al principio ofreció su apoyo a Tony Blair, que le nombró Sir, más tarde hizo público que el líder laborista le había defraudado y su imagen le resultaba francamente odiosa.

No había leído a John Mortimer hasta que me llegó traducida al castellano *Un paraíso inalcanzable*. Y durante unos días no he podido apartarme de sus centenares de páginas. Quizá porque es una novela

que solamente puede ser inglesa y escrita por un autor inglés, rigurosamente contemporáneo y a la vez fiel (más que respetuoso) a la línea más clásica de la bienaventurada narrativa británica. Eso significa que en el libro de Sir John Mortimer creo detectar el insoslayable aliento de Virginia Woolf -no la Woolf urbana de Bloomsbury sino, para ser más preciso, la inquilina de Monk's House, en Rodmell-, al mismo tiempo que el tejido humo-

Entrelaza la atmósfera clasista de la vida provinciana y la imagen de un país que se desintegra moralmente

ístico de Evelyn Waugh -Mortimer escribió el guión original (luego rechazado) de *Retorno a Brideshead* para la televisión- y, en cierto modo, las formas expresionistas con que Anthony Powell elaboró en su ambicioso ciclo de doce novelas que bajo el título general de *Una danza para la música del tiempo* condensaron las sucesivas estaciones de la historia de Inglaterra entre las dos grandes guerras mediante un puñado de figurantes de la alta burguesía londinense.

La primera novela de la trilogía de Mortimer es también un relato

coral, centrado en hombres y mujeres de antiguas familias del imaginario valle de Rapstone, situado en el interior de la Inglaterra acomodada. En ese lugar muere un viejo párroco de la iglesia anglicana, el reverendo Simeon Simcox, un tipo singular que detesta la oración, se proclama socialista, tiene un busto de Karl Marx en su gabinete de trabajo y es proclive a ciertos disfraces grotescos. Simeon parece ser el pilar que sostiene la armadura de la historia, sobre todo cuando lega su fortuna, un paquete de acciones de la empresa familiar, la Cervecera Simcox, no a sus hijos Henry (conocido novelista vinculado con Hollywood) y Fred (médico provinciano), sino a un ministro conservador, Leslie Titmuss, hijo del contable de la cervecera, que además ha conseguido casarse con la heredera de los Fanner, miembros de la declinante aristocracia rural del condado. El tiempo histórico discurre entre la segunda guerra y el postthatcherismo, esa etapa de la última mitad del siglo XX en que Inglaterra se prepara para afrontar las crisis que marcaran el despegue del siglo XXI.

A lo largo de treinta y tres capítulos Mortimer maneja a placer, con la omnipresencia y la libertad de un habilísimo narrador tradicional (a lo Henry James) que juega según propias reglas y con ellas, repito, maneja a placer las múltiples tramas que configuran el tejido central del libro: esto es, las historias de los diversos personajes que se entrelazan en la atmósfera clasista de la vida provinciana y al fondo -como si contemplásemos un paisaje rural plasmado por Thomas Gainsborough- la imagen de un país que se va desintegrando moralmente liderado por políticos de la catadura de Leslie Titmuss, en definitiva verdadero protagonista de la trilogía. Sin duda, un acierto... cáustico. |